

***Pequeño Eliot* de David Mejía Velilla: una bitácora sapiencial para tiempos “líquidos”**

ERASTO ANTONIO ESPINO-BARAHONA

Universidad Católica Santa María La Antigua, Panamá

Resumen

El autor propone una lectura del poema *Pequeño Eliot* (1980) del escritor colombiano David Mejía Velilla (1935-2002), en relación con el saber vivir, a partir de un diálogo entre maestro y discípulo, en el contexto de la metáfora de la “sociedad líquida” de Zygmunt Bauman.

Palabras claves: David Mejía Velilla, poesía colombiana, *Pequeño Eliot*, sabiduría, literatura sapiencial, sociedad líquida

Abstract

The author proposes a new reading of the poem “Pequeño Eliot” (1980) by the Colombian writer David Mejía Velilla (1935-2002), in relation to know about living based on a dialogue between a teacher and his disciple, in the context of the “liquid society” metaphor by Zygmunt Bauman.

Key words: David Mejía Velilla, Colombian poetry, *Pequeño Eliot*, wisdom, sapiential literature, liquid society

El poeta, ensayista y académico colombiano David Mejía Velilla (1935-2002) es particularmente conocido por su poema en prosa *Pequeño Eliot* (publicado en 1980). En sus 70 breves apartados, el autor desgrena una ruta axiológica que –a manera de la mejor literatura sapiencial– se atreve a indicar un camino, un saber vivir apto para atravesar dignamente los territorios de la vida y de la literatura. *Pequeño Eliot* ilustra, con una aguda transparencia y una ajustada economía expresiva, un itinerario ético y estético que recrea una conversación posible entre dos voces que asemejan el modelo del maestro / discípulo. Mediante las sentencias puestas en boca del hablante, David Mejía Velilla dibuja un mundo textual poblado de valores sólidos y trascendentes que hacen justicia a la dignidad de la persona humana y proponen, en la “líquida” sociedad posmoderna de nuestros días, puntos de referencia claros y firmes para la creación literaria y para los retos del diario vivir. El trabajo presentado pretende reconstruir ensayísticamente dichos puntos de referencia, a modo de un itinerario de lectura que reconstruya una posible apuesta autoral y textual que hermana ética y literatura en una sola escritura.

1. El término “literatura sapiencial” se usa hoy en sentido estricto para designar una tipología textual de raigambre bíblica y más específicamente veterotestamentaria, que abarca los libros de los Salmos, los Proverbios, Job, el Cantar de los cantares, Rut, las Lamentaciones, el Eclesiastés, Ester, Daniel, Esdras, Nehemías y las Crónicas. Estos libros se agrupan entre sí

por presentar –con miradas y acentos diversos– temas didáctico-doctrinales o, dicho de otra manera, la realidad de la “sabiduría”. En este sentido, es obvio que al ubicar el poemario *Pequeño Eliot* dentro de la literatura sapiencial, me instalo fuera de las precisas fronteras de la taxonomía bíblica antes aludida, pero idealmente conectado a ella pues, como se verá, las fuentes filosóficas o, si se quiere decir más semióticamente, los códigos ideológicos del poema de David Mejía Velilla, están fuertemente enraizados en las fuentes bíblicas y más ampliamente en la totalidad del pensamiento cristiano.

Pequeño Eliot es, hecha la salvedad arriba expuesta, un texto sapiencial dado que parte de la sabiduría como dato de hecho, como saber alcanzable y comunicable dentro del devenir humano. El poemario recupera el ideal antiguo (e integral) del sabio, en el sentido en que lo amplía Ferrater Mora, cuando dice:

El sabio es el que posee todas las condiciones necesarias para pronunciar juicios reflexivos y maduros, sustraídos tanto de la pasión como de la precipitación. Por eso el sabio es llamado también el hombre prudente, el juicioso por excelencia. Así, la sabiduría del sabio [...] no es una sabiduría meramente intelectual, pero abarca asimismo el saber intelectual como una de sus notas esenciales. El ideal de la sabiduría se halla, en suma, basado [...] en la fusión de lo teórico con lo práctico o, mejor dicho, en el supuesto de que el saber y la virtud son una y la misma cosa. El intelectualismo penetra así el ideal del sabio antiguo, pero ese intelectualismo se halla a su vez penetrado de moralidad, [...] De ahí que el sabio [...] sea

el único hombre capaz de vencer por el conocimiento del bien las celadas que el mal opone a la existencia.

El texto se funda a partir de una metáfora implícita: la de un diálogo entre dos sujetos textuales; uno, Eliot que aparece básicamente silente, pero no por eso menos presente y abierto a la interlocución y, otro, el hablante in-nominado. Este asume una jerarquía de enunciación que no anula ni a Eliot como sujeto textual, ni al lector convocado por la escritura, sino que conduce —con un acertado magisterio discursivo— a introducirse existencialmente en esa inteligencia práctica y en ese “saber de los primeros principios” (Aristóteles) que es propio de la sabiduría.

2. Para acercarnos a la propuesta sapiencial de *Pequeño Eliot*, cabe quizás desplegar una práctica crítica que nos aproxime al escriba de la parábola del Evangelio (Mt. 13, 52), quien sabe sacar cosas nuevas y cosas viejas del tesoro de la salvación. En ese sentido, llegamos a ciertos apartados específicos y completos del poemario que permitan individualizar con mayor claridad la axiología, esto es, las líneas de sentido y las apuestas vitales de la poética de David Mejía, así como viene textualizada en *Pequeño Eliot*. Intentaremos abrir el texto a una escritura reflexiva que permita otear tanto su dimensión ética como estética.

La hechura de cada una de las 70 pequeñas prosas poéticas que componen el libro delata una definida estructura clásica que emparenta los textos con la literatura grecolatina y con sus contornos retóricos claramente definidos, o con el ritmo y tono del Libro de los Proverbios. Hay siempre un tópico,

enunciado de modo transparente en el título de cada apartado, que se corresponde sin subterfugios con el mensaje y contenido del poema. En este sentido, se juega limpio con el lector, no hay trampas, ni juegos ambiguos del lenguaje. En una palabra: no hay pactos con el hermetismo, no se comulga con el enigma expresivo que campea en mucha de la poesía contemporánea. Estamos ante un mensaje prístino y hondo con el cual el poeta se expresa y se abre al diálogo con el *otro*, por lo que no hay la más mínima pretensión autoral de caer en equívocos hermenéuticos o de encender una imparable deriva del sentido. David Mejía es, en este aspecto, un autor paradójicamente clásico y romántico a la vez, al hacer de su escritura una pudorosa mostración de sí mismo dentro de los claros moldes de una tradición clásica ya consolidada. Como se verá, estamos ante una contenida y auténtica transparencia.

3. Esa transparencia se mantiene ya desde el primer apartado titulado “Desechar con frecuencia a los críticos”, donde el poeta no teme tomar partido y, por ende, contravenir lo política y culturalmente correcto. El hablante convoca a su interlocutor, lo llama, lo hace presente con el vocativo afectivo que atravesará el poemario: “pequeño Eliot”; y sentencia: “La poesía [...] no suele ser eso de que te hablan los críticos”. El autor se distancia así —con una frase lapidaria— de la crítica como construcción intelectual aislada del hecho poético que dice criticar, iluminar o comentar. Pareciera insinuarse aquí la poesía como una realidad “entrañable” que se ventila mal por los circuitos masivos de la comunicación; la poesía no es un contenido ideacional más con

el cual llenar las páginas de un rotativo, sino que aparece como una realidad profunda, íntima y personal. La poesía para David Mejía Velilla, por el contrario, es un hecho textual y humano que no reside en la discursividad ampliada de los *mass media*. En efecto, el autor advierte:

No leas, por favor, los periódicos, cuando allí se trata de la poesía, si es que quieres aprovechar bien el tiempo, el poco tiempo que pasarás por estos primeros mundos: si es que quieres ahorrarte más de un disgusto. Porque la Poesía suele estar en los Poetas y en los Poemas; y está para acompañarte, para enseñarte y adiestrarte y consolarlo. (p. 215)

El tono didascálico es evidente pero no resulta impuesto sino más bien apodíctico, en el sentido de que se presenta un juicio estético y ético que parte de la autenticidad del mundo subjetivo del autor, quien se abre al lector a partir del personaje Eliot, al compartir su experiencia personal de la verdad y de la belleza. Estamos ante el diálogo sapiencial entre quien ya ha vivido y por eso se acerca a quienes –más jóvenes o menos sapientes– lo acompañan en el camino de la vida y pueden –quizás– necesitar de guía y apoyo. Ese es el sentido del primer apartado, sentido moral que tejerá todo el poemario y constituye, a mi juicio, una de sus claves de lectura. En este caso, hay tomas de posición claras: la poesía como una comunicación intersubjetiva y no masiva, la legitimación de la obra y del autor por encima de determinado juicio crítico, y el rol de la poesía como instrumento del *bildung* de la persona, esto es, como medio de su formación ética.

Es importante subrayar este aspecto: la intimidad del hecho poético, accesible en la persona de los “Poetas” y en los “Poemas” mismos, no convierte la Poesía en incomunicable, en un constructo verbal o en una búsqueda individual intransferible. Al contrario, la razón de ser de la Poesía –el autor usa la expresión ella “está para”–, es la de acompañar la vida concreta del ser humano, formar en el saber y en el hacer, y ante el sufrimiento brindar la caricia del alivio.

Pero el primer apartado va más allá del tópico que le da título. Lejos de ser una invectiva contra la (mala) crítica, es también una lección ético/estética. En ella, el autor recupera el dictum antiguo del *carpe diem* al invitar a Eliot a aprovechar bien el tiempo, este tiempo que en palabras de Chiara Lubich “(il tempo) mi sfugge veloce”; por ello, se intenta aferrar a toda costa, pues es siempre escaso y debe vivirse a fondo y bien. David Mejía termina el primer apartado enunciando algunas referencias autorales de su Poética: Ibsen, Wilde, Gabriela Mistral, García Lorca sobresalen insignes, pero es sobre todo el remate de amor a la Lengua lo que sorprende:

Y ten a mano todos los días el Diccionario de la Lengua, que es el Libro de los Misterios, de los Signos y de los Presagios: donde se conserva para siempre el Amor, rescatado de milenios. (p. 215)

Se entiende entonces que, para el poeta, la Palabra y el Amor están indisolublemente unidos como las dimensiones axiológicas y ontológicas que fundan el Ser, que perduran por los siglos.

4. Si la esencia que sostiene y reposa en la Palabra, detrás de cada Signo,

dentro de cada vocablo que preanuncia el futuro es el Amor; si esta es la fe poética que nutre la escritura de Mejía Velilla, es apenas natural que el uso de la palabra esté ligado a un necesario buen obrar. De hecho, en el segundo poema, el poeta exhorta a Eliot al “buen uso de la palabra”. Pero ¿estamos acaso ante una expresión de mera urbanidad, de simple cortesía en los usos sociales? En lo absoluto; cuando uno va más allá del título parco, descubre una joya, una hermosa validación del saber vivir. El poeta, un poco al estilo del Virgilio de Dante, guía y aconseja, invita a un ejercicio solidario de la palabra. Una palabra impregnada de misericordia que sepa excusar siempre y que sirva para hacerse fuerte, desde dentro. Escuchemos:

No tires piedra a los desechados, que podrías herir a Wilde; ni a los confundidos, que a pesar suyo lo estuvo Job; ni a los extraviados ni a los insensatos. Ni a los desaprensivos, que por unos instantes apareció así a los ojos de Natán y de otros tu santo profeta David, poeta excelso. No tires piedra, pequeño Eliot, ni siquiera a Goliat, salvo que para ello tengas licencia del Cielo: y menos aún para matar a una alondra o un león. Juega con las piedras, recomponlas, acarícialas, quédate con ellas para siempre, construye tu casa y hazte tú mismo de piedra. (pp. 215-216)

Aquí la enseñanza se hace exhortación, ruego vehemente que alcanzando a Eliot, abraza al lector. En ese espacio de lectura –que prolonga el sentido del texto, lo asume y lo recrea– es posible llegar a ciertas conclusiones: la apuesta formativa de Mejía Velilla anuda metáforas que sirven como viáticos para el viaje. El poeta identifica los

términos de piedra y palabra. Las palabras, entonces, son duraderas: tienen peso, identidad, color, forma, sustancia. Pueden esgrimirse como un arma desde la honda de nuestros labios o de nuestra pluma, o pueden atesorarse como valiosos objetos, puede diseñarse con ellas un constructo interior que nos sostenga en los tiempos de prueba, o ser parte vital de la argamasa, cemento y estructura que nos erige en medio del sendero de la Vida.

Quien se hace “de piedra” con la palabra es capaz de resistir la tentación de la condena del *otro*. Por eso, no levanta el dedo acusatorio contra el prójimo, entre otras cosas, porque esculpir la piedra que somos nos da la certeza de que no poseemos una mirada total, ni el conocimiento de todos los factores para un juicio cabal y plenamente humano sobre la actuación de los demás. Por si fuera poco, si condenamos, si usamos mal la palabra, podríamos privar al mundo del talento, de los dones, de las luces que conviven –a nosotros de modo quizás no revelado– en el fondo de todo corazón humano. Es mucho el bien que se gana y se difunde, si nos armamos –mezcla de prudencia y de misericordia– de las piedras/palabras que nos constituyen y habitamos. Este aprendizaje ¿no es, acaso, uno de los objetivos del discurso sapiencial que nos ocupa? ¿El de hacer circular una palabra que acompañe, enseñe, adiestre y consuele?

5. Los primeros poemas en prosa que hemos recorrido nos acercaban al terreno de la “vida buena” desde el ámbito lingüístico, retejiendo la relación entre el vivir y el hablar o entre el actuar y el escribir. David Mejía, en este sentido, se mantiene fiel a una postura humanista clásica en la que Bondad,

Belleza y Verdad forman un *corpus* único, y se transita de la una a la otra con naturalidad y reciprocidad. En el apartado que leeremos a continuación, la reflexión, la enseñanza y el aprendizaje parten ahora de la vida misma, esto es, de la experiencia autoral que se expresa en el hablante sapiencial que va tejiendo el poemario. El título “No juzgar para no ser juzgado” es de una típica factura proverbial. La estrategia retórica es fiel a este modelo: un enunciado claro y esencial que muestra la sustancia o aprendizaje que se espera suscitar. Y, luego, un discursar profundo y poético que en la belleza austera de las palabras, en su ritmo pacientemente elegido, denota una enseñanza legítima y necesaria:

No juzgues, pequeño Eliot, no juzgues jamás a alguien, ni clasifiques, ni compares: ama, ama, ama; comprende, comprende, comprende; sirve, sirve, sirve, sirve. (p. 217)

La carga semántica que invita al no juzgar se expresa en la función apelativa. Se despliega así en todos los recursos literarios utilizados: la oración imperativa se entrelaza con el vocativo y se desarrolla en enumeraciones verbales triples que no dejan lugar a dudas sobre la certeza y apremio moral que se busca transmitir. *Amar, comprender o servir* son algo más que sugerencias o posibilidades, son claves existenciales inevitables para un auténtico vivir. El apartado no se queda en la orientación abstracta sino que desciende a una ética situada:

No dividas nunca a los demás pensando, diciendo: unos amigos, otros enemigos. Todos son tus amigos si los sabes

amar y nada esperas de ninguno. Todos, tus enemigos: si solamente frente a ellos te amas a ti mismo y te les reclamas. (p. 217)

La grandeza de ánimo del poeta parece exhortar a su interlocutor a alcanzar la sabiduría escatológica, aquella que sabe esperar que crezcan juntos el trigo y la cizaña, según enseña el Evangelio. Sabiduría que se alcanza cuando abdicamos del falso rol taxonómico de la bondad del prójimo, renunciando al rol de jueces de los otros, del mundo o de la historia. El poeta revela, además, el fruto del juicio. Condenar a los otros nos cierra la puerta de la vida, nos arranca la plenitud, la posibilidad de comunión. Por esto es que el poeta advierte que el juicio: “Falso camino es, pequeño Eliot, que conduce a la desesperación” (p. 217).

El remate del poema es siempre a modo de sentencia. Pero no como una orden o mandato sino con frases cortas e incisivas que revelan la autoridad moral del que ha vivido ya, la lección que se atreve a ofrecer. En efecto, el hablante acompaña al pequeño Eliot / lector en el camino de avanzar por el itinerario planteado y le comparte el medio para hacerlo posible: la comunión con la Trascendencia; sentencia llena de esperanza: “Si te asaltan tentaciones en estos campos, llena tu corazón de ángeles. Si no te asaltan también...” (p. 217).

6. Un lector contemporáneo, impregnado —quizá— por el espíritu posmoderno de la sospecha, vería en *Pequeño Eliot* una impostura moralista, una entelequia que intenta legitimar —a través de la discursividad lírica— el

metarrelato del cristianismo. Esto sería factible si el poema fuera solo un discurso exhortativo que invita a obrar en determinada dirección axiológica. La objeción resultaría cierta si el poema en prosa fuera solo una postura y estuviese desanclado de la vida, persona y proyecto del autor. Sin embargo, los que tuvieron la dicha de tratar a David Mejía Velilla en los senderos del colegaje académico, en los misterios del oficio escritural o en el bregar del aula universitaria, hablan de su integridad, de su unidad de vida, y atestiguan en la confianza del coloquio o de la evocación del amigo y maestro, cuánto el poeta –hombre al fin– debió batallar como todos para alcanzar la plenitud. De esa batalla, desde esa ascética que lucha por alcanzar una perfección a la que se es convocado, pero que se nos da más como don que como conquista, habla con hondura el apartado titulado “El poeta pide humildad para sí mismo” (p. 221).

En él, el poeta reconoce –dramáticamente– sus límites y realiza, con una honestidad interior insoslayable, dos operaciones espirituales básicas: 1) solicita la corrección fraterna de las criaturas, casi como una imprecación contra sí mismo que le recuerda que no ha estado a la altura de su ideal, y 2) por otra, levanta una súplica entrañable que implora la misericordia del totalmente Otro, ese Dios al que invoca con filial confianza y radical transparencia.

La estructura retórica ayuda tremendamente a la identificación del lector con el drama interior del poeta: primero el hablante se dirige a su interlocutor y le confiesa: “No todas mis noches han sido apacibles, siempre por mi culpa, pequeño Eliot” (p. 221). Pero la confesión intersubjetiva prosigue y

el poeta abre su diálogo con Eliot a la Creación toda que sirve como garante moral de su deber ser, de sus más altas aspiraciones vitales:

Tú, con tu mente niña (que quiere decir limpia), podrás entender mi delirio de cuando dije: Oídmeme hojas de todos los otoños, huesos, vientos, recuerdos, oídmeme olvido, y todo ser desaparecido y destituido de recuerdo, juzgadme terriblemente mientras espero el perdón, el Perdón irrevocable que permanecerá eternamente. Oídmeme árboles añosos, árboles jóvenes, de primeros veranos, árboles niños, del amanecer, a quienes debo lo fuerte y lo débil. (p. 221)

El texto, que recuerda las desgarradoras enumeraciones caóticas de Neruda en *Residencia en la tierra*, sigue convocando lo real, en un reclamo fraterno que abraza ahora a los “hombres y mujeres todos” (p. 222). Lo que el poeta pide –y lo confiesa con una sinceridad arrolladora– es una especie de corrección fraterna universal: “Juzgadme terriblemente porque en la luz de mi existencia no he sido humilde, ni en las sombras” (p. 222), admite el poeta. Esta especie de Yo pecador, íntimo y público, finaliza en la invocación a Dios mismo por parte de un poeta que no teme textualizarse desde su debilidad, en la dolido y detallada mostración de sus sombras y límites:

Y mírame tú, Dios mío, que soy trágicamente pequeño, helado y deleído, quebrado y corrompido, mírame descolorido y desaparecido, mira a tu niño asustado, qué sed tengo, qué hambre, qué frío. (p. 222)

Semejante socialización de la propia herida, de la propia sombra, resulta un gesto textual fundamental en la apuesta de sentido ético del poemario. Humildad y transparencia frente a una construcción social que hace de la transgresión una virtud, o del ocultamiento farisaico de las propias falencias una habilidad digna de elogio. El gesto hondamente lírico del poeta se torna aquí una lección admirable de autenticidad, de integridad y de coherencia.

7. Al inicio de este trabajo aludía, en su título, a una conocida metáfora del filósofo polaco Zygmunt Bauman. Hablo de la imagen de la “sociedad líquida”. La expresión describe el estatus y la dinámica de las sociedades contemporáneas, en las que, como dijo Karl Marx y le hizo eco Marshall Berman, “todo lo sólido se desvanece en el aire”. Según los expertos, la sociedad líquida se caracteriza “por no mantener un rumbo determinado, pues al ser líquida no mantiene mucho tiempo la misma forma. Y ello hace que la sociedad contemporánea se defina por la precariedad y la incertidumbre”.

La imagen de la *vida líquida* quiere significar el estado de la sociedad contemporánea: un estado en movimiento continuo y febril tras las necesidades artificiales creadas por el mercado omnipresente y omnipotente. Un estado fluido, móvil e informe en el que la sociedad se muestra errática y débil, al carecer de bases sólidas y de asideros firmes para andar el propio devenir.

Ante este panorama, *Pequeño Eliot* sirve –ciertamente– como bitácora literaria y carta de navegación existencial para diseñar con claridad meridiana la hoja de ruta personal y colectiva. Sus líneas, tejidas en una prosa poética

intensa y transparente, apuestan por una bondad, una verdad y una belleza asumidas en la cotidianidad de la vida, de la relación con el otro, con la Naturaleza, con Dios y con la propia historia. En esa integración literaria de un ideario ético, estético y espiritual *fuerte* reside su valor como escritura y como apuesta vital.

Pequeño Eliot es un discurso que ayuda a caminar en la dirección auspiciada por Bauman mismo, cuando plantea que “estamos destinados a intentar, una y otra vez y siempre de forma inconclusa, comprendernos a nosotros mismos y a los demás, destinados a comunicar, con y para el otro”.

Notas y bibliografía

1. Para una mirada popular y divulgativa, pero bien fundamentada intelectualmente sobre el tema de los libros sapienciales, puede consultarse el sitio: http://www.mercaba.org/Mundi/1/libros_sapienciales.htm
2. Ferrater Mora, José. *Diccionario de filosofía (Tomo IV (Q-Z))*. Barcelona: Ariel, 1994, p. 3143.
3. La cita textual reza así: “Entonces Jesús dijo: «Está bien: cuando un maestro en religión ha sido instruido sobre el Reino de los Cielos, se parece a un padre de familia que siempre saca de sus armarios cosas nuevas y viejas.»”
4. El vocativo “pequeño Eliot” aparecerá después con otras variaciones: “Eliot”, “Eliot pequeño”.
5. Mejía Velilla, David. *Canto continuo*. San José: Ediciones Promesa, 2002, pág. 215. A partir de aquí se citará de la presente edición.
6. Para una espléndida exposición poética de la significación del vocablo

- entrañable en el horizonte de sentido del poeta, véase precisamente: “Sobre el adjetivo entrañable” (Mejía, pág. 217).
7. Una síntesis veraz sobre el concepto de Bauman en torno a la *sociedad líquida* puede encontrarse en el artículo digital de Cintia Barreno, Cfr. <http://www.revistaesfinge.com/filosofia/corrientes-de-pensamiento/item/757-56zygmunt-bauman-y-la-sociedad-liquida>
 8. Cfr. El texto completo de Zygmunt Bauman al recibir el Premio Príncipe de Asturias: <http://www.fpa.es/es/premios-principe-de-asturias/premiados/2010-alain-touraine-y-zygmunt-bauman.html?texto=discurso>

